

Jardines de Madrid

ACUARELAS DE VIAJE



Ilustraciones
Pablo Rubén López Sanz

**ANAYA
TOURING**

Textos
Pepo Paz Saz

Jardines de Madrid

ACUARELAS DE VIAJE



*Aldaba alegórica. Palacio Nuevo
(Quinta de Vista Alegre).*

Índice

INTRODUCCIÓN.....	4	Parque Enrique Tierno Galván.....	60
JARDINES PALACIEGOS Y NOBILIARIOS.....	14	Parque Lineal de Palomeras.....	62
Parque del Buen Retiro.....	15	Cerro del Tío Pío.....	63
Campo del Moro.....	24	Parque de Berlín.....	64
Jardines de Sabatini.....	26	Jardín tropical de Atocha.....	65
Jardines de la plaza de Oriente.....	28	Palacio de Cristal de la Arganzuela.....	66
Finca de Torre Arias.....	29	Parque Juan Carlos I.....	67
Quinta de los Molinos.....	30	Parque Lineal del Manzanares.....	70
Parque de El Capricho.....	33	Madrid Río.....	74
Quinta de Vista Alegre.....	38	Parque Forestal de Valdebernardo.....	77
Quinta de la Fuente del Berro.....	40	Parque Forestal de Valdebebas – Felipe VI.....	78
Quinta del Duque de Arco.....	42	JARDINES DE MUSEO.....	80
Jardín del Príncipe de Anglona.....	43	Casa–Museo Lope de Vega.....	81
ESPACIOS HISTÓRICOS URBANOS DE OCIO Y RECREO...	44	Huerto de las Monjas.....	82
Casa de Campo.....	45	Museo del Romanticismo.....	83
Real Jardín Botánico.....	50	Museo Lázaro Galdiano.....	84
Dehesa de la Villa.....	53	Museo Cerralbo.....	85
Monte de El Pardo.....	54	Museo Sorolla.....	86
Parque del Oeste.....	56	Olivar de Castillejo.....	88
TRANSFORMANDO LA CIUDAD.....	58	Jardín vertical CaixaForum.....	89
Parque de Pradolongo.....	59	GLOSARIO.....	90
		BIBLIOGRAFÍA.....	93

Monumento a Alfonso XII. Parque del Retiro

Los leones esculpidos en bronce que se asoman sobre el estanque constituyen unas de las piezas más emblemáticas del homenaje a la patria.

Pág. 9: "Las Artes", escultura alegórica en bronce realizada por el sevillano Joaquín Bilbao, uno de los más de veinte artistas que participaron en el proyecto.

afrontar sus deseos renovadores y duplicar la superficie de la fortaleza de los Trastámara además de trasladar a los espacios abiertos la filosofía aprendida en los tratados cortesanos y en las villas periurbanas italianas.

La primera mejora que ordenó Felipe II fue reformar la Galería del Cierzo que había sido construida por orden de Carlos V en 1539. Orientada hacia la sierra de Guadarrama, se intervino sobre el jardín homónimo con un proyecto del arquitecto Juan Bautista de Toledo. Unos años antes del traslado de la Corte, en 1556, se había acometido la adquisición de los terrenos situados en el talud occidental del edificio real, entre el alcázar y el río: en total 22 ha de un baldío agreste que englobaba los actuales terrenos del parque de Atenas, el paseo de la ermita de la Virgen del Puerto y el Campo del Moro y que, en principio, fue ideado como coto de caza menor aunque la proximidad de la Casa de Campo y su abundancia cinegética la acabaron postergando a zona de paseo de la realeza y su séquito.

El objetivo último fue acondicionar los espacios ajardinados para el paseo a la vez que se eliminaban las geometrías utilitaristas del paradigma medieval; la humanización del territorio circundante significó sumar terrenos para la caza sin descuidar el cultivo para el autoabastecimiento. Pero, en la práctica, la desigual orografía de los terrenos que rodeaban el alcázar de Madrid, con numerosos desniveles, supuso un obstáculo casi insalvable para la tarea: resultó imposible la conexión de los espacios y su organización simétrica y axial aunque sí

pudo aplicarse en profundidad el repertorio ornamental del Renacimiento italiano en los mismos. Un primer intento medio fallido... pero intento a fin de cuentas.

EL BUEN RETIRO

En uno de mis últimos viajes de trabajo el pequeño avión que nos llevaba al aeropuerto de Asturias despegó de la T4 y, tras dar un amplio rodeo, fue tomando altura de crucero y sobrevoló el cielo de Madrid. Era un día despejado del mes de abril y, aunque la previsión en destino era lluviosa, ese día sobre la capital del reino la atmósfera estaba despejada y la visión de la urbe desde la ventanilla del avión resultó estremecedora. Jugué a identificar edificios y calles con la frente apoyada en el plástico que protege el cristal pero lo que más me emocionó fue contemplar el Parque del Retiro desde aquella perspectiva de Madrid como un enorme *patchwork*

de tejados y asfalto. Luego, ya a salvo de turbulencias, reflexioné en silencio: en realidad no hay ciudad que se precie que no pueda asociarse en la imaginación del lector a un gran parque público: así Nueva York es a Central Park como Londres lo es a Hyde Park, Berlín al Tiergarten, París al Jardín de Tuileries, Roma a la Villa Borghese... Y Madrid lo es al Retiro. Resulta imposible encontrar un madrileño o alguien que nos visite que no guarde entre sus recuerdos alguna estampa



de esta manta de retazos arbolada que pugna por sobrevivir en medio del tráfigo de la ciudad.

Fue Carlos V quien mandó hacer un pequeño edificio anejo al monasterio de los Jerónimos Reales. Su finalidad no era otra que la de servir de espacio “de retiro” para la familia real en las ocasiones en que hubiera lugar. Felipe II lo mandó ampliar y fortificar. Esos fueron los preliminares (importantes siempre), pero el verdadero impulso para la construcción del Real Sitio del Buen Retiro se lo daría el conde-duque de Olivares durante el reinado de Felipe IV que con su interesada iniciativa, criticada por muchos en la época, lo convirtió en una amplia zona de recreo para mantener a la familia real y al monarca alejado de sus tareas en palacio. El conjunto palaciego se extendió alrededor del monasterio con diversos edificios construidos muy deprisa y con materiales de pésima calidad rodeados, a su vez, por jardines con parterres geométricos que se ordenaban en torno a fuentes con profusión de esculturas ornamentales. Carlos II no se preocupó en demasía por la decadencia del conjunto pero sería Felipe V, con quien la dinastía de los Borbones aterriza en España, el que encargase a dos arquitectos franceses la transformación de los jardines de acuerdo al estilo barroco de perspectivas convergentes tan en boga en el país vecino. De aquella época, trasladada la corte al palacio real del Buen Retiro por el incendio del alcázar en 1743, nos quedan los restos del Parterre, situado frente a la conocida como Puerta de Felipe IV, conjunto ajardinado que sería también reformado tras los destrozos provocados por la invasión napoleónica. Durante el reinado de Carlos III el fervor ilustrado supuso

para el Buen Retiro la construcción en sus terrenos de la Real Fábrica de Porcelana y el proyecto de erigir el Observatorio Astronómico además de dar el primer paso para abrir los jardines a la ciudadanía y que el Real Sitio acabara siendo lo que es a día de hoy: esencia de lo madrileño.



JIRONES DE LA HISTORIA: DEL PARDO A LA DEHESA DE LA VILLA

Dejando a un lado el devenir en los últimos 90 años del antiguo Real Sitio de la Casa de Campo, que revirtió en manos del pueblo de Madrid por un decreto del Ministerio de Hacienda de fecha 21 de abril de 1931 convirtiéndose, de paso, en el gran pulmón verde de la Villa y Corte, suerte más bien dispar han corrido con el discurrir de los siglos los otros dos espacios adheridos más extensos de la ciudad.

El Monte de El Pardo, de cuya abundancia cinegética ya dejó constancia Alfonso X el Sabio allá por la mitad del siglo XIV en su *Libro de Montería*, ocupa un 26,4% del término municipal, más de 15 000 ha gestionadas por Patrimonio Nacional y delimitadas por una inaccesible cerca erigida en el siglo XVIII, en tiempos de Fernando VI, que imposibilita el acceso público a la histórica dehesa mediterránea para regocijo de los conservacionistas. Pero pese a haber pertenecido a la Corona desde que Carlos V lo convirtiera en Real Sitio, El Pardo no ha salido indemne del acoso urbanita: por un lado,

Jardines palaciegos y nobiliarios

LA HERENCIA DE LA CORTE

La decisión tomada en 1561 por Felipe II de instalar de manera casi definitiva la corte en Madrid ha legado a los madrileños del siglo XXI un extenso patrimonio de parques y jardines que explican también la evolución urbana de la ciudad en los últimos cuatro siglos y medio.

De villorrio castellano a creciente corte renacentista, la designación supuso un flujo incesante de nuevos vecinos que multiplicó por 2,5 su número de habitantes durante los 37 años que duró el reinado del hijo de Carlos I (hasta su fallecimiento en 1598 en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial), además de la instalación en su término de numerosos conventos, con sus fincas y huertos, y un buen puñado de palacetes que incorporaban jardines anexos. Felipe II aplicó el ideario renacentista en el entorno del viejo alcázar de los Trastámara y echó las semillas de lo que con el tiempo sería el Campo del Moro. Zonas ajardinadas para el disfrute de la realeza y su séquito, en definitiva.

Tres eran los Reales Sitios situados en torno a Madrid: el Monte de El Pardo, la Casa de Campo y el Buen Retiro. Se trataba, en el caso de los dos primeros, de posesiones de la Corona utilizadas como antiquísimos cazaderos, en los que además de una casa principal se delineaban jardines, construían estanques y cultivaban huertas y árboles frutales.

Poco cambió la filosofía del régimen con el devenir de los siguientes 102 años, que fueron los que duraría la dinastía de los Austrias, a saber, jardines y naturaleza a disposición del disfrute de los poderosos y pocos espacios públicos para los vecinos (la Plaza Mayor se concluiría en 1519 bajo el reinado de Felipe III). La decadencia del reinado de Carlos II y el advenimiento borbónico con el comienzo del siglo XVIII apenas indujeron

avances relevantes en la concepción urbana hasta la llegada de los ilustrados con Carlos III al frente. Cabría mencionar, no obstante, que el incendio del alcázar en 1745 obligó al traslado de la corte al palacio del Buen Retiro, pese a que a Felipe V no le agradaba mucho el conjunto. Él fue quien encargó allí el diseño de unos jardines de estilo barroco francés, de los que es heredero el Parterre que ha llegado a nuestros días.

La gran aportación urbanística de Carlos III fue dotar a la Villa y Corte de un espacio para el esparcimiento. El lugar elegido era el conocido como “Prado Viejo”, conjunto de huertas y terrenos baldíos que marcaban las lindes orientales del Madrid de la época y que incluía tres demarcaciones bien reconocibles: el Prado de los Jerónimos, el de Atocha y el de los Recoletos Agustinos. A este “Prado Viejo” le debe Madrid mucho de su prestigio actual: forma parte esencial, junto con el Jardín Botánico y el Parque del Retiro, del “Paisaje de la Luz” con que la capital fue reconocida por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad el 25 de julio de 2021.

El gusto borbónico no solo impuso el estilo clasicista barroco en palacios y zonas ajardinadas. La nobleza adoptó el nuevo estilo y también buscó lugares situados en las afueras de la ciudad donde levantar villas palaciegas rodeadas de suntuosos jardines. Además de fincas que hunden sus orígenes en el siglo XVI como la Fuente del Berro o la Quinta de Torre Arias, buenos ejemplos de lo que se construyó y diseñó en el XVIII serían el palacio de Liria, perteneciente a la Casa de Alba, y la villa de la Alameda de Osuna, creada por M^a Josefa de la Soledad Alonso-Pimentel. O la finca de Vista Alegre, de mediados del XIX.



El Parque del Buen Retiro

¿Quién no se ha asomado al espejismo de las aguas del Estanque Grande del Retiro? Las escalinatas situadas a los pies de la estatua ecuestre de Alfonso XII son uno de los lugares más visitados por los paseantes que se acercan a disfrutar del antiguo Real Sitio.

El monumento se erigió por suscripción popular a principios del siglo XX y en su parte inferior, aupados sobre el estanque, se yerguen las figuras de cuatro leones pétreos labrados por los escultores Pedro Estany y Agapito Vallmitjana, acompañados por cuatro sirenas de bronce.

De uso privativo de la monarquía, fue Carlos III quien permitió el acceso público del Real Sitio hasta una de las orillas del Estanque Grande en 1767 y luego sería la reina Isabel II, un siglo después, la que posibilitó la navegación en barca por sus aguas.



Ornamentación del Parque del Retiro

El último tercio del XIX añadió al Retiro algunos de sus ornamentos más conocidos: la Fuente de los Galápagos (ilustración de la izquierda) o de Isabel II es uno de ellos. Encargada por Fernando VII como homenaje al primer cumpleaños de su hija, se trasladó a su enclave actual en 1879.

Palacio de Cristal

El Palacio de Cristal del Retiro (pág. 21) se construyó en 1887 con motivo de la Exposición de las Islas Filipinas inspirado en el homónimo Crystal Palace londinense. En la actualidad lo gestiona el MNCARS y en su interior se celebran exposiciones artísticas. El lago artificial, con los sugerentes cipreses de los pantanos, engrandece su aspecto legendario.





La ría y el puente de hierro en El Capricho

Nada sería igual en el jardín sin la presencia del agua: la de El Capricho es una ría de medio kilómetro de longitud, con dos islas centrales, que discurre en paralelo con el muro septentrional de la finca, el que se pega a la avenida de Logroño (con el Parque Juan Carlos I al otro lado del asfalto). La sombra que proyectan los numerosos ejemplares arbóreos que la jalonan dibuja ondulantes reflejos. La ría contiene diversos elementos ornamentales, desde el monumento funerario al tercer duque de Osuna (ilustración de la izquierda) a un capricho chinesco, la Casa de Cañas, y el que está considerado como el primer puente construido con hierro de España (hoy en día cerrado al público), en la página 37.



Espacios históricos urbanos de ocio y recreo

DE REALES SITIOS A PÚBLICOS JARDINES

En los mentideros históricos se cuenta que el plano de Madrid completado por el cartógrafo portugués Pedro Texeira en 1656 costó 200 escudos de la época y que estos fueron pagados con cargo al “bolsillo secreto” de Felipe IV...

Sea como fuere lo cierto es que el plano de Texeira retrata como la app de un dispositivo móvil el aspecto que tendría la Villa y Corte a mediados del siglo XVII. Por el oeste, más allá del Manzanares, acodada entre los caminos de Aravaca y Húmera, destaca la formidable extensión de una enorme mancha verde donde se avistan hasta cuatro grandes estanques de agua, sombreados paseos y numerosas zonas de cultivo y huertas. Era el aspecto de la Casa de Campo, uno de los tres Reales Sitios situados en la periferia noroeste de la ciudad que, junto con el Monte de El Pardo y la Florida, contuvieron (primero) y condicionaron (después) el desarrollo urbano a lo largo de siglos.

Si a ellos le añadimos el Buen Retiro no resulta impreciso afirmar que, a finales del siglo XVIII, los espacios ajardinados que estaban vinculados a las posesiones de la Corona ocupaban aproximadamente tres veces más territorio que el del propio casco urbano. Y que esa herencia está en el origen de los principales espacios abiertos luego al ocio y recreo de los madrileños.

La vinculación de la Casa de Campo a la monarquía viene de lejos: ya Carlos V se alojó en el palacete de los Vargas, primeros propietarios del terreno, en torno a 1519 aunque sería su hijo, el todopoderoso Felipe II, quien ordenó cuarenta años después la adquisición de las hectáreas que iban desde el alcázar al río y la otra orilla: su intención no era otra que la de fortalecer un gran espacio natural para la cinegética y la jardinería que enlazara su residencia con el cazadero del Monte de El Pardo, el corredor

fluvial del Manzanares y el nuevo Real Sitio de la Casa de Campo. Luego pasaron monarcas y dinastías, se fueron apilando los siglos como bloques de piedra en la historia del conjunto y, unos más y otros menos, el Real Sitio fue cambiando de utilidad y de ornamento según los gustos de cada época. Carlos III lo hizo autosuficiente a base de irrigar cultivos y amplió su superficie; la regente M^a Cristina de Borbón lo salvó de sucumbir a la piqueta y Alfonso XII construyó un estanque de patinaje. La Segunda República se lo incautó a la monarquía y lo entregó al pueblo, que no supo valorarlo, y el franquismo se lo restituyó al Patrimonio Nacional.

También el siglo XIX trajo el control forestal al monte con la gestión de Agustín Pascual, ingeniero de montes y máximo responsable de los Bosques Reales; esfuerzo en vano porque la contienda civil del 36 ancló las posiciones nacionales en el cerro Garabitas. Reabierto al público en 1945 hay que recordar que su superficie es cinco veces la del Central Park neoyorquino. Vamos, que no sabemos lo que tenemos. Como ya se ha señalado, la extensión arbolada (que continúa por el Club de Campo) engarza con la joya de la corona del bosque mediterráneo, el Monte del Pardo, y saluda, por su proximidad, al gran predio de origen concejil madrileño, la maltratada Dehesa de la Villa.

Estos tres espacios se ensamblarían, pasado el tiempo, con el primer parque público de la ciudad: el llamado Parque del Oeste, ubicado en la cornisa que desciende desde el barrio de Argüelles a la línea férrea de la antigua estación del Norte. Ya lo dijimos: cada jardín responde a la filosofía de vida de una época y, a finales del XIX y principios del XX, corría ese airecillo renovador según el cual era necesario dotar de zonas de esparcimiento a los ciudadanos y hacerlo recuperando áreas degradadas de la urbe. Y así se hizo.



Parque de Atracciones de la Casa de Campo

El lago (pág. 45) es uno de los emblemas de la Casa de Campo. Ocupa una superficie de 80150 m² y sus orígenes se remontan a dos de los estanques artificiales de factura renacentista que mandó construir Felipe II a un grupo de ingenieros de los Países Bajos para captar las aguas del arroyo de Meaques. El surtidor situado en su centro se colocó en el año 1992. Actualmente en sus aguas se practica la navegación recreativa y deportiva. A lo largo de las últimas décadas la Casa de Campo ha ido reorganizando sus funciones. Por ejemplo, en 1969 se inauguró junto a la estación de metro de El Batán el Parque de Atracciones de Madrid: más de cinco décadas después es ya parte indisoluble de la historia reciente de la capital y son muchas las generaciones que atesoran entre sus recuerdos tardes inolvidables en él.





Teleférico de la Casa de Campo

La historia del teleférico que une el paseo del Pintor Rosales con el cerro Garabitas, en la Casa de Campo, está íntimamente ligada ya que ambos, el parque de ocio y el sistema de transporte, fueron inaugurados a la vez en mayo de 1969 por el entonces alcalde de Madrid, Carlos Arias Navarro. Se solventaba de esta manera un problema que ya habían planteado los arquitectos de Felipe II y que no era otro que el de salvar el desnivel que horada el cauce del Manzanares entre la cornisa urbana y el antiguo Real Sitio. Se hizo no sin las protestas del vecindario, que veía en aquellas góndolas colgantes una intromisión en su intimidad pero, finalmente, la modernidad sobrevuela la rosaleda del Parque del Oeste y la ermita del Santo y se adentra a vuelo de pájaro sobre la espesura de la dehesa mediterránea.



El Manantial de la Salud y el Templo de Debod del Parque del Oeste

Ostenta este parque la vitola de ser el “primer parque público” de la ciudad. Es decir, el primero que se trazó siguiendo criterios higienistas y de bienestar colectivo sobre unos terrenos que el avance urbano del Ensanche capitalino había degradado. Los trabajos para su construcción echaron a rodar en el año 1893 y su inauguración se realizó el 3 de septiembre de 1905.

Los desmontes sobre los que se diseñó con un criterio paisajista habían pertenecido al Real Sitio de la Florida, entre la Cuesta de Areneros (actual calle Marqués de Urquijo) y el Arroyo de San Bernardino (por donde corría el Manantial de la Salud, ilustración de la izquierda), de norte a sur, y los paseos de San Antonio (de la Florida) y el de la Princesa (de oeste a este).

La primera fase tenía una superficie de 37 ha y luego el parque experimentó sucesivas ampliaciones: la más importante tras los destrozos provocados por el frente de la Guerra Civil la acometió Cecilio Rodríguez; entre 1956 y 1973 se amplió su superficie incorporando la Rosaleda, el parque de la Tinaja y los jardines que rodean el Templo de Debod (pág. 57), desde cuya balconada madrileños y visitantes disfrutaban de espectaculares y multitudinarios atardeceres.



Handwritten signature or initials in the bottom right corner.

Parque Enrique Tierno Galván

El “viejo profesor”, como se conocía al alcalde de la primera corporación municipal salida de unas urnas democráticas, da nombre al parque de los cerros de Arganzuela: Enrique Tierno Galván. El regidor falleció un año antes de verlo concluido, en 1986, pero su extensión de 45 ha, la recuperación de un espacio industrial en decadencia (al que los vecinos denominaban Cerro de la Plata en alusión a la carbonilla de los trenes de vapor), el diseño vanguardista que integra hormigón con naturaleza y su accesibilidad lo hacen especialmente visitable. Cuenta con un espectacular auditorio al aire libre con capacidad para diez mil personas y con una de las atracciones más visitadas de la ciudad, el Planetario de Madrid. La curiosidad es que funcionaba con tecnología importada de la extinta RDA.

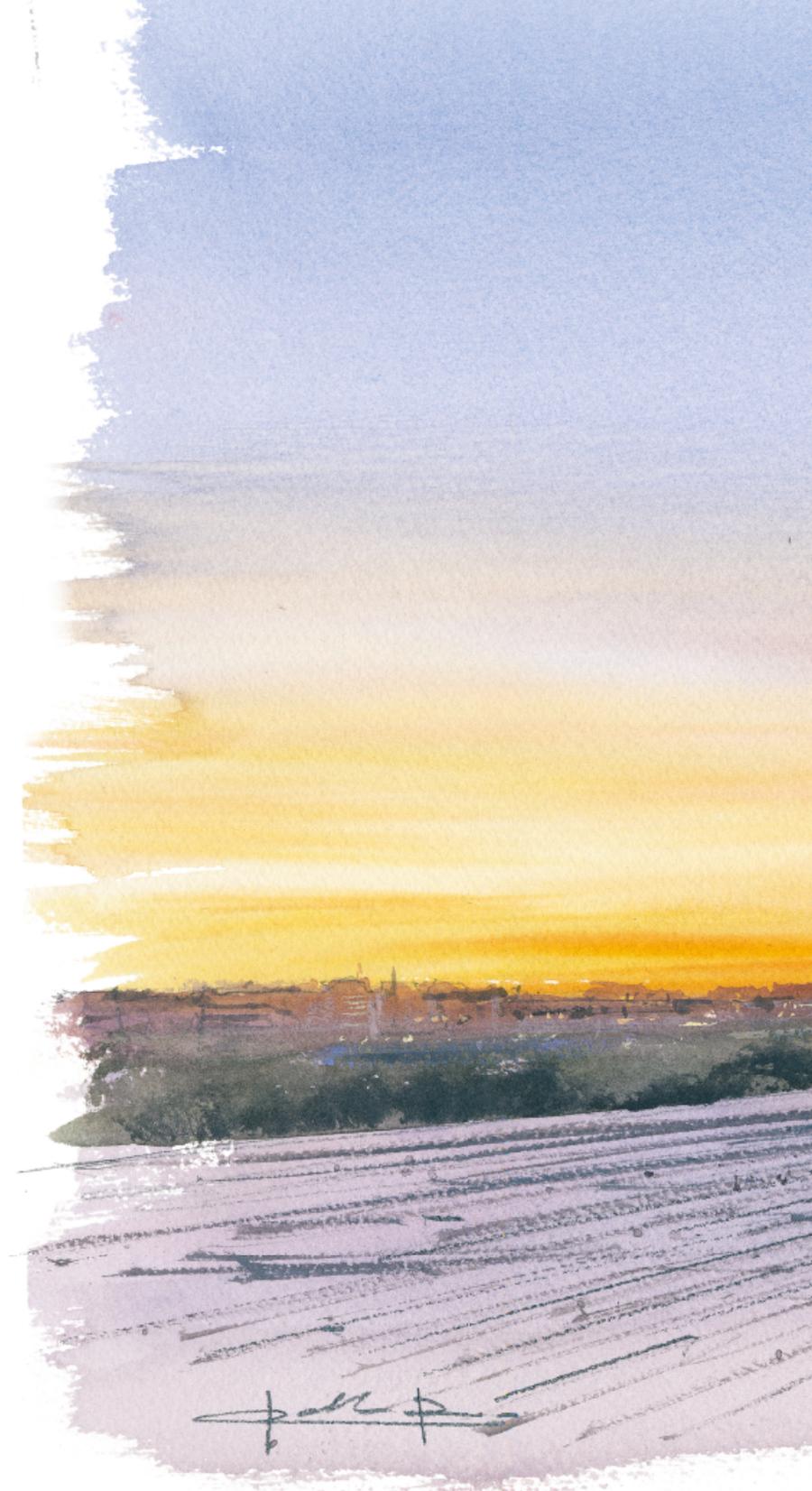




[Handwritten signature]

La Dama del Manzanares del Parque Lineal del Manzanares

Es, sin duda, el elemento escultórico más emblemático del río aguas abajo. Lleva la firma del artista valenciano Manuel Valdés, uno de los tres fundadores del Equipo Crónica, legendario por sus propuestas en el postfranquismo y la Transición. Se llama "La Dama del Manzanares", pesa 8 toneladas de acero y bronce, tiene una envergadura de 14 metros, se fundió en un taller de Arganda... Y dicen que mira al norte, a la ciudad, con cierta nostalgia del extrarradio.





Jardines de museo

EL OASIS MINIMALISTA

Un jardín de museo es una instantánea de un tiempo anterior, un daguerrotipo que expresa —tal vez mejor que otras técnicas utilizadas para fijar la memoria—, el gusto por la belleza y el trabajo paciente, los anhelos de las personas que, en el silencio de su refugio, los trabajaron en soledad.

Un jardín, y en esto compartimos las reflexiones de Santiago Beruete “satisface una necesidad arraigada en lo más profundo de la naturaleza humana: la de transmitir, comunicar, dejar constancia para la posteridad de ciertos pensamientos y sentimientos”. Se convierte así en un sofisticado artefacto que expresa la esencia cultural de una época. Vamos a centrarnos en este apartado del libro en los jardines de museo que atesora la ciudad: la mayoría de ellos tienen sus orígenes en los inaccesibles huertos de antiguos conventos, vetustas casas-palacio del Siglo de Oro o palacetes crecidos al impulso de los ensanches urbanos. Son pequeños oasis minimalistas, una celebración de lo efímero.

También nos fijaremos en alguna de las utopías que quisieron transformar las condiciones de vida de los habitantes de la urbe. Hay que hacer aquí un hueco imprescindible para el modelo de urbanismo humanizado que propuso a finales del XIX Arturo Soria con su Ciudad Lineal.

¿Qué nos cuentan estos jardines de museo cuidados con esmero por anónimos jardineros del siglo XXI? Si de repente olvidásemos todo lo leído y aprendido durante nuestra vida, una simple ojeada a ellos a través de sus verjas o deambulando por sus recoletos senderos nos serviría para hacernos una idea de cómo era la vida de las clases más acomodadas de cada época, desde el clero a la nobleza y la burguesía emergente. Nada es casual. Poco queda de la ciudad de los humildes salvo los barrios gentrificados por la avaricia inmobiliaria. Un escenario de cartón piedra con invitados ilustres.

El afán por el conocimiento está en muchos de ellos: son, en realidad, apéndices del saber, el envés de una voluntad por mostrar que no siempre encuentra su cauce. Esa sensación de paso cambiado se percibe, por ejemplo, en el pequeño jardín botánico del Museo de Ciencias Naturales, en el *backyard* de la Castellana. No dejen de visitarlo. Se comunica a través de una sencilla puerta alambrada con uno de los pliegues en el tiempo que conserva Madrid, la Residencia de Estudiantes y su jardín de aromáticas. O en el patio interior del MNCARS.

Otras veces el paseante se tropieza por sorpresa con un jardín privado al otro lado de cuyos muros o puertas cree intuir aquel paraíso de promesas inalcanzables que está grabado en el ADN de la especie: la Fundación Fernando de Castro, en la calle San Mateo, el hotel Santo Mauro y el Consejo General de Colegios Oficiales de Ingenieros Industriales, en Zurbano, la Fundación José Ortega y Gasset–Gregorio Marañón, en Fortuny, la Fundación Giner de los Ríos, en Martínez Campos o la residencia del embajador de Francia, en la confluencia de las calles de López de Hoyos y Serrano, serían buenos ejemplos.

Lo último llegó en 2008 con la inauguración de CaixaForum. Su jardín vertical se convirtió en uno de los escenarios preferidos por madrileños y visitantes para inmortalizar el momento. No es el único de Patrick Blanc en la ciudad: la cara oeste del edificio Torre de Cristal, en el complejo Cuatro Torres Business Area, cuenta con otro jardín vertical, el más alto de Madrid. Aunque el más grande se encuentra en el hotel Santo Domingo, junto a la Gran Vía, que añade además una cascada de 20 m de caída. Estrecheces del jardín contemporáneo.



Casa-Museo Lope de Vega

Entre los rincones más visitados del Barrio de las Letras está la vivienda que habitó Lope de Vega durante los últimos 25 años de su vida. Si acudimos al plano de Teixeira se puede comprobar que en el Madrid de la época, y en el entorno de la calle de las Huertas, las viviendas se ordenaban en torno a patios interiores. Con árboles y huertos. Está documentado que el dramaturgo la compró a principios del XVII por la nada desdeñable cifra de 9000 reales.

Y cuentan los entendidos que en su jardín interior pasaba muchas horas del día, tanto por la mañana como por la tarde. El actual es, como el resto de la casa, una sencilla recreación entre muros medianeros con setos bajos, algunos arbolillos y suelo empedrado. Imaginamos a Lope revolviéndose en su tumba al comprobar que su casa está en la actual calle de Cervantes.



Huerto de las Monjas

Este espacio, también conocido como Jardín del Palacio O'Reilly (pag. 82), es un trampantojo con horario administrativo y fuente impostada. El jardincillo que se esconde en los bajos del nº 3 de la calle Sacramento correspondía al huerto del convento de las Bernardas Descalzas que ocupó el solar desde su fundación en 1615 hasta su demolición en 1976. La fuente con los tres amorcillos de bronce vincula su procedencia a otro edificio desaparecido: el palacio de Montellano. El ayuntamiento decidió juntar sus destinos a dos pasos de la plaza de la Villa.

Museo del Romanticismo

Es uno de los jardines más recónditos del Madrid de los museos. Posiblemente también de los más pequeños. Se ubica a espaldas del Mercado Barceló, en un rehabilitado palacio de estilo neoclásico construido en 1776 y que perteneció al Marqués de Matallana.

Cronológicamente el Romanticismo se desarrolló en España entre 1833 y 1868. El museo cuenta con un fondo artístico de unas 17 000 piezas, se fundó en 1924 y durante la Guerra Civil su director fue el poeta gaditano Rafael Alberti.

El patio interior se organiza en torno a una fuentecilla rodeada por cuatro bancos y unos parterres con diversas macetas, setos y un par de lápidas, al estilo romántico. Hasta la llegada de la pandemia funcionaba junto al Café del Jardín, con una deliciosa selección de tartas.

